anxa
91-B
18779

-3773-

CASA DE AMÉRICA

IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL YUCATÁN

1591

MERCURIO
REVISTA COMERCIAL
IBEROAMERICANA
BARCELONA 4 MARZO 1917

373

Bernal Díaz del Castillo

Tipografía «La Académica» : Ronda Universidad, 6 : Barcelona

LA CASA DE AMÉRICA Y EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL YUCATÁN

La «Casa de América», atenta siempre a toda obra de vulgarización de cuanto se refiere al continente colombino, acordó, a propuesta de su nuevo presidente, don Federico Rahola, conmemorar el IV Centenario del descubrimiento del Yucatán. Al efecto, en nuestras Casas Consistoriales y en su nuevo salón del Consistorio, se celebró, el día 4 del corriente por la tarde, una solemne velada.

Ocupó la presidencia el presidente de la «Casa de América» y senador, don Federico Rahola, quien tenía a su derecha al Gobernador civil, señor Morote, al Cónsul de los Estados Unidos de México, señor Arriola y al diputado provincial señor Sansalvador, y a su izquierda al alcalde Marqués de Olérdola, al teniente de alcalde del Ayuntamiento de Medina del Campo, don Juan Molón, y al delegado de Hacienda señor Eulate. Entre los concurrentes figuraban el diputado a Cortes por Medina señor conde de Gamazo, el vicepresidente de la «Casa de América», señor Alfaro, el director general señor Vehils, el tesorero don Mariano Viada, todos los demás señores consejeros, el concejal del Ayuntamiento de Medina del Campo, don Mariano Fernández de la Devesa, el distinguido escritor y ex subsecretario de Instrucción pública de México, don Luis G. Urbina, senadores, diputados, concejales del Ayuntamiento, Cónsules americanos, bellas y distinguidas damas, y muchas personalidades de la colonia mexicana.

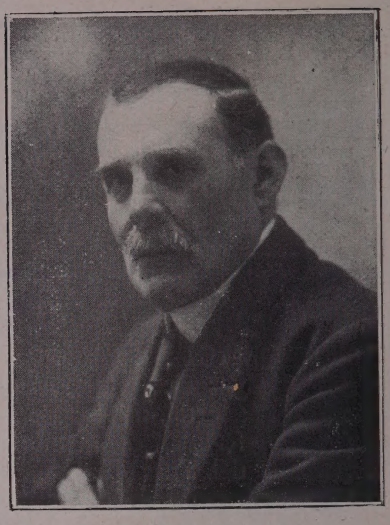
Los señores Rahola, Vehils, Urbina y Gamazo pronunciaron los brillantes discursos que integran este opúsculo.

Habló después el gobernador civil, señor Morote, elogiando el acto que se estaba celebrando, como fiesta de fraternidad entre España y las naciones americanas, y demostración de la compenetración que existe entre las regiones españolas; encomió la labor que realiza la «Casa de América» al dar a conocer los americanos a los españoles y los españoles a los americanos; ofreció el concurso del Gobierno y recordó el interés con que S. M. el Rey sigue y atiende todo cuanto pueda contribuir a estrechar las relaciones entre España y los pueblos americanos. Saludó al Cónsul de los Estados Unidos de México y acabó haciendo votos porque aquella nación goce de los beneficios de una paz duradera, alcanzando el desarrollo y prosperidad de que es acreedora.

Tomó luego la palabra el alcalde, señor Marqués de Olérdola, para felicitarse de ver estrecharse las relaciones hispanoamericanas y saludar a los representantes de México y de Medina del Campo.

Luego, el teniente de alcalde de Medina del Campo, señor Molón, pronunció unas elocuentes frases haciendo constar el agradeci-

Don Luis G. Urbina
Escritor mexicano



Don Inocencio de Arriola
Cónsul general de México

miento de aquella ciudad de Castilla, patria del descubridor Bernal Díaz del Castillo, terminando con vivas a Cataluña, a España y México, vivas que fueron contestados unánimemente por la numerosa y distinguida concurrencia que llenaba por completo el magnífico salón Consistorial de la Ciudad.

El señor Rahola cerró el acto, dando las gracias al Ayuntamiento por la cesión del local y a los concurrentes por su cooperación y asistencia.

El día siguiente, 5, tuvo lugar, con gran lucimiento, el banquete con que la « Casa de América » festejó a los oradores que tomaron parte en la conmemoración del Centenario.

Ofreció el agasajo don Ramón de Alfaro, diciendo: La « Casa de América », profundamente reconocida a los oradores, que en la velada de ayer dieron tanta brillantez a fiesta tan simpática y de importancia tan trascendental, les dedica este banquete como un merecido homenaje de gratitud.

» No voy a hacer el elogio de los discursos que ayer se pronunciaron, pero sí he de subrayar que su característica fué, en todos, el cariño a México y la íntima solidaridad de Castilla y Cataluña, base esencial para que España llegue a ser poderosa y feliz.

Hablaron después los señores Conde de Gamazo, Federico Rahola, el Alcalde, el señor Perpiñá, presidente de la Cámara de Comercio, y el Cónsul de México que pronunció, finalmente, el siguiente discurso:

« Señores: Yo no puedo decir, ni hay quien pueda decirlo por mí, que tengo la coquetería de no poder pronunciar dos palabras en público; esto es en mí una ingénita desgracia que jamás he deplorado tanto como ayer en que me habéis abrumado de emoción con vuestras calurosas manifestaciones de simpatía a mi Patria, y habéis ido más allá de lo que pude soñar: habéis consagrado en acto tan solemne a la Revolución y al Gobierno constitucionalista que me ha tocado en

suerte representar en España durante el período más intenso de su gestación.

Pude ayer, víctima de la más fuerte emoción y convencido también de mi insignificancia para corresponder a vuestras calurosas frases sobre México y su Gobierno, tener fuerza suficiente para callar, porque estaba y continúo impresionado con todo lo imponente del acto que se celebró, y en el que, por la primera vez en Europa, se da representación, al lado de las altas personalidades del Gobierno y de la cultura de España, a un factor y miembro de la reciente Revolución mexicana.

Ahora ya no puedo ni debo callar. El deber manda y se impone a mi insignificancia, a mis temores y a mis nervios, y a nombre de ese deber impuesto por vuestra galantería, sólo me es dado ofreceros que he de molestaros el menor tiempo posible.

Fué mi intención, señores, al permitirme señalar al señor Luis Urbina para que llenase el número que se me hacía el honor de ofrecerme en la Conmemoración del descubrimiento del Yucatán, celebrado ayer por la Casa América, no sólo el que ese número fuera cubierto ampliamente por persona docta que llenase vuestros deseos y los míos, presentándonos tal cual es el Yucatán actual, dadas las muchas afinidades intelectuales que ha tenido con aquel misterioso girón de tierra donde nadie como él encuentra poesía y belleza, sino también, y muy especialmente, porque deseaba que en esa ceremonia se oyese la voz no del vencedor ni del vencido, sino la convincente voz del convencido, condición esta última que, sin duda alguna, por nadie habría quedado más bien llenada que por mi amigo y compatriota el señor Urbina, ya que, testigo y comentador en el campo contrario del movimiento que viene conmocionando a México desde 1910, es su testimonio irrechazable por cualquier Tribunal ante el que se quiera llevar a la Revolución y sus caudillos.

Ya habéis oído la serena voz del señor Urbina, quien ha traído ante vosotros su verdad, su verdad sentida y aquilatada, sobre ese movimiento que en momentos tan solemnes encabezó el señor Carranza, movimiento que, a medida que el tiempo transcurra, irá apareciendo más intensamente puro y necesario ; ya habéis oído cómo uno de los caudillos de esa Revolución, el general señor Alvarado, actual gobernador del Estado de Yucatán, ha comenzado a sentar los cimientos del futuro político, moral y económico de ese « desierto de piedra » que tantos misterios encierra en su pasado, y tantos tesoros como dolores ahogaban aún en el siglo XX.

Cabe estimar como providencial la recordación que del descubrimiento del Yucatán habéis hecho el día de ayer, pues nos habéis ofrecido el inmenso servicio de presentar ante la culta sociedad que ayer reunisteis en el nuevo Salón del Consistorio del Ayuntamiento de Barcelona, aquel fenómeno que tanto ha preocupado al criterio de Europa condenándolo sistemáticamente porque lógica y fatalmente había de juzgarlo desde un muy diferente punto de vista.

De casos como éste, providenciales, accidentales o casuales, como esta oportunidad, está lleno Yucatán.

Un fenómeno geológico segrega ese jirón de tierra de Cuba, dejándolo estrechamente ligado a los destinos de México.

Una aguda y larga espina, según la mitología, hiere la broncínea piel de la deidad Zama, y según el ritual religioso, se macera la

EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE GAMAZO
Diputado a Cortes por Medina del Campo

penca del agave culpable y se descubre así la fibra del henequén, riqueza única del misterioso Yucatán.

Una tormenta, a fines del siglo XVIII, rompe las amarras y cadenas de una embarcación y fué la fibra del henequén hecha un cable primitivo la que salvó del desastre a sus tripulantes, quedando así probada su resistencia, lo que dió lugar a un informe oficial sobre la planta y a que en 1814 el notable estadista don Policarpo Antonio Echanobe dijera en su cuadro estadístico de ese año «no hay mina de oro ni piedras preciosas de tanta utilidad como el henequén, pues con solo que se quiera, Yucatán será el proveedor exclusivo de la jarcia para la minería nacional y extranjera».

Y vale la pena haceros presente que lo que al productor le representa de gasto menos de dos pesetas de vuestra moneda, lo vende al *trust* de Nueva York en 5 dólares, y todavía este *trust* lo revende de 7 a 7 y medio dólares.

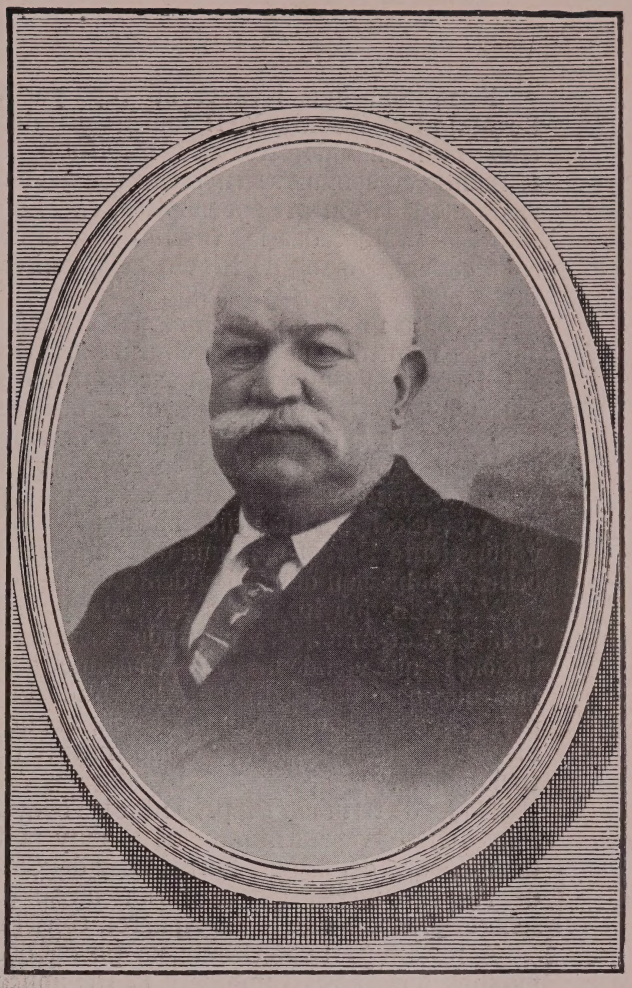
Así ha sido y así es, señores, cómo se han hecho capitales monstruosos que lógica y fatalmente habían de gravitar no sólo sobre el indio maya, sino tambien sobre una gran parte de la gleba de los demás Estados mexicanos, de donde se arrancaba para que fuese a los campos calcinados de Yucatán a laborar con su sangre, con su sudor y sus lágrimas, el constante crecimiento de los capitales de la clase privilegiada de todo el país, en la que se basó la paz de 37 años que empezó a convulsionar el gran mártir y sublime apóstol, don Francisco I. Madero, en 1910.

Otro acontecimiento no menos misterioso sobre el destino del Yucatán.

Preso en Sonora por las fuerzas reaccionarias del faccioso Francisco Villa, y en condiciones de ser fusilado de un momento a otro, recobra la libertad el general Salvador Alvarado y tócale en suerte ir

a hacer la campaña de Yucatán, campaña que tenía que ser más cruenta y dificultosa por los poderosos intereses que se opondrían a la obra de reconstrucción nacional, bajo bases equitativas y humanas.

La obra, con sorpresa, fué hecha con éxito y en poco tiempo. El soldado por accidente, el civil uniformado, comenzó casi en la tienda de campaña su labor de gobernante, de reconstructor, de libertador de aquel pueblo, sin duda alguna el más oprimido; y ya lo habéis oído ayer, señores, de labios insospechables de partidarismo, cómo ha sido prolífica y portentosa esa labor. Todos los extremos más difíciles, si bien los más necesarios, han sido objeto de su especial atención. Catastro, instrucción; pan, señores, sobre todo, pan; por medio de la reglamentación del trabajo y reparto discreto de tierras; moralidad, cerrando tabernas y plazas de toros y la creación de la nueva República con escuelas y Ateneos.



D. Juán Molón, primer teniente de Alcalde de Medina del Campo

De todo este conglomerado de sabias y prudentes disposiciones necesarias, que tanto en Yucatán como en los demás diferentes Estados de la Nación se están llevando a efecto, habrá de surgir la Patria mexicana, en la que los mexicanos seamos por fin ciudadanos, ya que, hasta hace muy poco, éramos los últimos en ella.

Esta ha sido, ésta es y ésta será, la constante obra de nuestra Revolución, tan temida como calumniada.

Debo no abusar de vuestra paciencia, aunque algo más quisiera deciros para satisfacer mi temperamento, mi complicidad consciente en esa Revolución, a la que quiero, a la que amo, a la que he seguido con fe de fascinado, pero de la que renegaría si hubiese sospechado el más insignificante indicio de ambición personal en el Verbo de ella, el señor don Venustiano Carranza, o en alguno de sus colaboradores.

Permitidme que levante mi copa por vuestro augusto soberano, Su Majestad Alfonso XIII, quien en estos momentos, emocionantes como no ha habido otros en la historia de la humanidad, cuando todo el mundo se conmueve en espantosa revolución, atravesando un período verdaderamente apocalíptico, en el que parece se han dado cita sobre la tierra todas las furias de la bestia humana, ha podido, ha sabido, con recursos de Providencia, conservar a España intocada e intocable.

Levanto mi copa asimismo, por el pueblo español que, con su actitud del momento, no aparece menos grande que cuando no se ponía el sol en sus dominios; por vos, excelentísimo señor Morote, por vuestras emocionantes frases de ayer, con las que me hicisteis el inmenso bien, no de absolver sino de aplaudir el movimiento que tan equivocadamente ha sido interpretado en Europa; gracias mil por ese acto de piedad para mí y por ese acto de justicia para mi Patria, y también por vos, excelentísimo señor Marqués de Olérdola, Alcalde de la culta y floreciente Barcelona, cuna de tanta intelectualidad, ciudad de tanta belleza, población de sorprendente vitalidad económica e industrial.

Y en fin, por los señores Rahola y Vehils, Presidente y Director de la Casa de América, y por todos los miembros de esa fraternal institución, la que viendo más alto, en donde la mirada vulgar no descubría más que desórdenes y atentados, pudo distinguir las dilatadas perspectivas de la revolución mexicana, cuando en 1916 solicitó del Gobierno de Su Majestad el reconocimiento de nuestro Gobierno constitucionalista.

No he de terminar sin presentar los homenajes de mi agradecimiento a los señores representantes de la muy noble ciudad de Medina del Campo, cuna del insigne Bernal Díaz del Castillo, a los señores cónsules de Hispanoamérica que honraron con su presencia la fiesta; y a los señores oradores que la engalanaron con el brillo de su palabra.

A mi amigo Luis Urbina no puedo dedicarle otro elogio sino el máximo que se acostumbra en la República: «saludo al buen ciudadano y al sincero patriota», cuya alma de mexicano se exterioriza más y más a medida que se siente lejos de la Patria.

Permitidme que dedique un recuerdo de adhesión y respeto al primer jefe y actual Ejecutivo de la República mexicana don Venustiano Carranza, y a su laborioso, íntegro y justiciero colaborador don Salvador Alvarado, gobernador del Estado de Yucatán.»

EL DESCUBRIMIENTO DEL YUCATÁN Y BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

DISCURSO DE DON FEDERICO RAHOLA

EN el año 1517 tuvo lugar el descubrimiento, por los españoles, de la península del Yucatán, lo que fué en rigor el descubrimiento de la Nueva España, puesto que en todos tiempos ha formado aquella península parte integrante de México. Fué capitán de la expedición Francisco Hernández de Córdoba, rico encomendadero de Cuba, con quien se concertaron varios soldados para salir en busca de nuevas tierras. Hernández de Córdoba, con ser el caudillo, poco destaca en esta empresa, a la que apenas sobrevivió, ya que al regresar a Cuba falleció de las heridas que recibiera en los combates con los indios del Yucatán, en el pueblo de Sancti-Spiritu, donde residía en su encomienda.

Bernal Díaz del Castillo fué el hombre de esta expedición, no tanto por lo que figura en ella como por haber sido más tarde soldado en la expedición de Grijalva, que descubrió el río de Tabasco y otras partes de México, y, por último, capitán en la famosa de Hernán Cortés, que había de completar el descubrimiento y la conquista de la Nueva España. Por si algo faltaba a su justa fama, escribió Bernal Díaz, como testigo de estos hechos, la memorable *Crónica de los sucesos de la conquista de la Nueva España.* El mismo Hernán Cortés, en carta que escribió al emperador Carlos V, el año 1540, le hace relación de los méritos y servicios del capitán Bernal Díaz, consignando que descubrió la Nueva España dos veces primero que no él.

Bernal Díaz partió de España el año 1514, contando 22 años, en compañía del gobernador Pedro Arias de Avila, a quien en aquella sazón dieron la gobernación de Tierra-Firme. Entonces fué Bernal Díaz testigo presencial de la gran tragedia de Vasco Núñez de Ba boa, mandado ajusticiar por Pedrarias, alegando que se le quería alzar con copia de soldados por la mar del Sur. Así lo refiere Bernal Díaz, que al hablar de Vasco Núñez dice que era un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia.

Así se encontraron los dos héroes, no vislumbrando ni mucho menos Bernal Díaz la gloria reservada a Vasco Núnez de Balboa, por su invención del Mar del Sur, heroica empresa realizada con sólo 190 españoles que abrió el camino del Pacífico a los nuevos descubridores y capitanes.

Es una lástima que Bernal Díaz no nos cuente mayores detalles de esa expedición que partió de Sevilla al mando de Pedrarias de Avila que, según relación del adelantado Pascual de Andagoya, comprendía 19 naos y 1,500 hombres, la más lucida gente que de España ha salido. Fernández de Oviedo, que iba en aquella armada, hace subir a 2,000 el número de hombres que embarcaron en las 22 naos de que se componía.

Bernal Díaz y Fernández de Oviedo, el autor de la *Historia general y natural de Indias,* fueron juntos en esta expedición, tal vez sin conocerse, y en Tierra-Firme o Castilla del Oro, Bernal Díaz tuvo que co-

Cámara baja de los tigres en las ruinas de Chichen Itzá

dearse con Francisco Pizarro, que era entonces uno de los capitanes de Vasco Núñez de Balboa. La magnitud de la expedición y los hechos que presenció, por fuerza moverían la imaginación del joven Bernal Díaz, avivando la sed de aventuras que era entonces la dolencia de España, sin la cual no se hubieran realizado por otra parte las hazañas y proezas del descubrimiento del Nuevo Mundo.

La expedición al Yucatán, siendo gobernador de Cuba Diego de Velázquez, salió el 6 de febrero de 1517 del puerto de la Habana, y descubrieron tierra los expedicionarios el día 1.º de marzo, a los ventiún días de haberse hecho a la vela. El día 4 de marzo se pusieron al habla con los indios, que llegaron en 5 canoas, y al siguiente desembarcaron, bautizando aquella tierra con el nombre de Punta Catoche, porque decían los indios con su lengua : *con escotoch, con escotoch*, que significa : andad acá a mis casas.

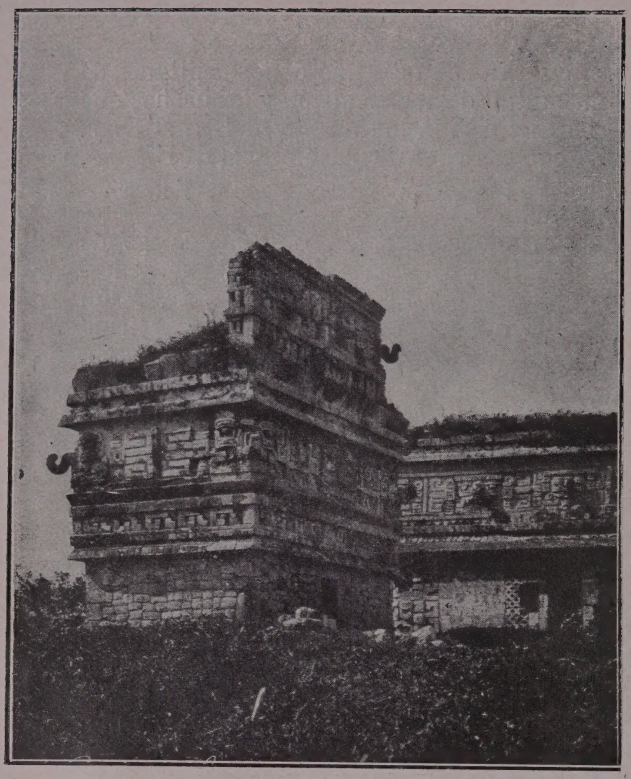
Víctimas de la traición de los indios, viéronse obligados a reembarcar, siguiendo las costas hacia levante, y el día de San Lázaro descubrieron un pueblo al que pusieron el nombre de este santo, por más que era conocido por otro nombre propio indio, Campeche, que es el que todavía conserva. Les dieron tanta guerra los indios y les causaron tantos daños, sobre todo en el pueblo de Potochan, que quedó tan sólo un soldado sin herir, llevando el capitán doce flechazos, habiendo muerto más de 50 en el combate. Algunos de nuestros soldados, escribe Bernal Díaz, maldecían al piloto Antón Alaminos, que era el que guiaba las naves, y a su descubrimiento y viaje. Este Alaminos, de Palos de Moguer, pudo envanecerse como Bernal Díaz de haber tomado parte en las tres expediciones que se realizaron para el descubrimiento y la conquista de la Nueva España, figurando como piloto mayor de la armada de Hernán Cortés. Acordaron los soldados volver a Cuba, desengañados de la aventura, y fué el patrón Alaminos quien los condujo desde allí a la Florida, que conocía sobradamente, por haber ido con Juan Ponce de León a su descubrimiento hacía diez o doce años, entendiendo que dando este rodeo era mejor navegación para la Habana. La sed que padecieron antes de llegar al término de su viaje, sólo es comparable al hambre del Conde Hugolino, inmortalizada por el Dante.

Como hemos dicho ya, murió Hernández de Córdoba, que iba mal herido, apenas llegado a su casa, y los demás soldados, según palabras de Bernal Díaz, *nos desaparecimos y nos fuimos unos por una parte y otros por otra de la isla adelante.*

La expedición fué pobre en resultados, pero, según Solís, creció con lo que referían los soldados la noticia y la opinión de la Nueva España, lográndose la evidencia de aquella región y la fama de sus riquezas. Y sobre todo, a pesar de la dureza y esterilidad de la jornada, ya que no se pudo lograr la conquista ni la menor ocupación, añade Solís, habían tan poco escarmentado el valor aquellos hombres, que los mismos que habían sido derrotados y maltrechos fomentaban el deseo de volver a la empresa.

Hay que preguntarse : ¿fueron en realidad Hernández de Córdoba y sus compañeros los primeros españoles que pisaron el Yucatán? Con seguridad puede afirmarse que no.

Bernal Díaz nos cuenta que los indios de Campeche señalaron con la mano que sí venían de hacia donde sale el sol y decían *Castilan, Castilan.* Más tarde, en la expedición de Cortés, se averiguó que en la tie-



Ruinas del castillo de Chichen Itzá. Alas septentrional y occidental

rra adentro de la Punta de Catoche, a dos soles de andadura, estaban unos españoles que tenían por esclavos unos caciques. Cortés envió cartas y rescate a uno de los caciques, el cual dió licencia para que Jerónimo Aguilar, que así se llamaba uno de los españoles cautivo, se fuese adonde quisiese. Entonces Aguilar fué al encuentro de su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió: « Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras : ios vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿ Qué dirán de mí desque me vean los españoles ir desta manera? » Y por más que le dijo y amonestó no quiso venir.

Jerónimo de Aguilar y el citado guerrero hacía unos ocho años naufragaron, yendo desde Darien a Santo Domingo, cuando hubo unas deficiencias y pleitos entre Enciso y Valdivia, alcanzando la isla de Alacranes, y utilizando el batel del navío que se perdió, volvieron a navegar creyendo tomar la isla de Cuba, yendo a parar al Yucatán, donde cayeron en poder de los indios.

Como esto ocurrió siete años antes del descubrimiento del Yucatán por Hernández de Córdoba, en realidad fueron ellos los primeros españoles que pisaron la tierra de la Nueva España.

Los padecimientos y proezas de Bernal Díaz durante las tres expediciones en que participó hasta que se estableció en Guatemala, en Santiago de los Caballeros, de la que fué uno de los primeros pobladores y en la que ocupó el cargo de regidor, son bellamente referidos en su *Crónica*, cada vez más apreciada y leída por el encanto que ofrecen siempre los relatos de un testigo que pone en ellos la emoción de lo que se ha vivido y contemplado.

La *Crónica* de Bernal Díaz ofrece grandes semejanzas con la de nuestro Muntaner, pues reseñan ambas sucesos memorables que bien pueden parangonarse con los que consagró Jenofonte, héroe e historiador de la retirada de los diez mil en la antigua Grecia. Los hechos que aquellas narran nada tienen que envidiar a los que refirió el historiador griego, pues son extraordinarias empresas la expedición de los almogávares a Oriente y la de los españoles a México.

Muntaner y Bernal Díaz fueron ambos de ilustre linaje e hijos de dos villas históricas: Perelada en Cataluña y Medina del Campo en Castilla. Ni uno ni otro pudieron ver impresa su historia: aquél por haber fallecido antes de la invención de la imprenta y éste por haber permanecido su obra inédita y poco menos que desconocida hasta el año 1632.

Muntaner escribió su libro cumplidos ya los 50 años, y Bernal Díaz, en edad más avanzada todavía, fiados el uno y el otro en su prodigiosa memoria.

Ángulo SE. de la casa del Gobernador en las ruinas de Uxmal

Muntaner hace constar, al comenzar su libro, que asistió a 32 batallas de mar y tierra, sufriendo prisiones y tormentos, diciendo que a Dios plugo que refiriese esas aventuras y maravillas, porque en todo el mundo no había en el día otro ser viviente que, con más verdad, pudiese referirlas. Alardea además de no querer hablar más de lo que en sus tiempos pasó. *Nom vull entremetre sino daçó que en mon temps ses feyt.*

Bernal Díaz, al finir su *Crónica*, consigna que había asistido a 119 batallas, y que de los 550 capitanes y soldados que fueron sus compañeros en México, sólo cinco viven cuando él escribe su historia, haciendo gala de su veracidad. Digo e afirmo que lo que en este libro se contiene va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas e encuentros de la guerra e no son cuentos viejos ni historias de romanos de más de setecientos años, porque a manera de decir, ayer pasó lo que verán en mi historia e como e cuando e de que manera.

Al ponderar la veracidad de su libro, en el último capítulo de la obra, cuenta que se lo prestó a dos licenciados que se lo pidieron para saber muy por extenso las cosas que pasaron en la conquista de México y la Nueva España, añadiendo: «e yo se lo presté, porque de sabios siempre se pega algo a los idiotas sin letras como yo soy, advirtiéndoles que no enmendasen cosa ninguna de la conquista ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero.»

Tanto Muntaner como Bernal Díaz eran profundos creyentes, forjado su espíritu en las rudas pruebas y graves peligros y sufrimientos a que se vieron sometidos. Por esto, repetidas veces, en ambas *Crónicas*, atribuyen a la protección divina el haber salido tan bien

librados de los infinitos trabajos y males que les salieron al paso durante sus heroicas jornadas.

El estilo de uno y otro cronista es sencillo y pintoresco, prolijo en detalles, emanando cierto vaho de realidad. Son piadosos y humanos, recuerdan a su patria con cariño y se hacen leer con fruición porque hay algo vivo y palpitante en sus escritos que les presta valor duradero, aparte de las galas literarias, sin afeites retóricos, que han sido más estimadas en Muntaner que en Bernal Díaz, destinado a ocupar un sitio cada vez más señalado entre los escritores castellanos.

Avaloran ambas crónicas el mérito geográfico : una y otra describen con exactitud los paisajes y lugares en que ocurren los hechos, determinan las fechas y distancias, prestando atención a las producciones del suelo y a la condición de los habitantes.

Son, por último, tan extraordinarios los sucesos que refieren, más cosa de héroes que de hombres, que las páginas de sus libros se leen con el seguimiento y encanto de las novelas de aventuras.

El original de la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, escrita por Bernal Díaz del Castillo, se conserva en los archivos del Ayuntamiento de Guatemala, poseyendo la Real Academia de la Historia de Madrid un facsímil del mismo, ejecutado bajo la protección del señor general presidente don José M.ª Reina Barrios, y por orden del ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Ramón A. Salazar el año 1892, en Guatemala.

Según consta en unos papeles de la citada Real Academia, que he podido revisar gracias a la exquisita amabilidad de su secretario perpetuo, el marqués de Laurencin, nació Bernal Díaz en la muy noble villa de Medina del Campo en 1492, el mismo año del descubrimiento de América. Iban con Bernal Díaz otros hijos de Medina del Campo, que cita en su *Crónica*, entre ellos Cristóbal de Olea que salvó dos veces la vida a Hernán Cortés, Francisco de Lugo, capitán muy esforzado, y otros naturales de Tierra de Campos.

Con ellos y otros castellanos viejos y la gente del Cantábrico debió infiltrarse en América el espíritu local, saturado de amor a la libertad que animaba al Concejo, de modo que el funcionamiento del Cabildo subsistió en América en los tiempos en que España yacía por completo bajo el régimen de la monarquía absoluta. Carrera Justiz, el ilustre profesor cubano, en su admirable Introducción a las Instituciones locales de Cuba, nos habla de la persistencia del municipio español medieval, creador de la libertad, en Cuba y en toda la América española, en el cual se vaciaron las instituciones locales del Nuevo Mundo, sin perder en nada lo substancial de su muy noble origen godo latino. El alma municipal palpitaba en América manteniendo el cabildo abierto y las prerrogativas del Concejo, cuando ya en España la influencia municipal de la Francia revolucionaria disolvía el vigor de las admirables y libres municipalidades españolas.

Está fuera de duda que el espíritu castellano obró en América este milagro. Bernal Díaz y sus compañeros fueron a América llevando este espíritu de libertad y ese amor al municipio tan vivo en las ciudades castellanas antes de la guerra de las Comunidades. Medina del Campo, villa celosa de sus libertades, siempre compañeras de las ferias y de los tratos mercantiles que no se avienen con opresiones ni tiranías, en 1520 dió un magnífico ejemplo de su amor a los fueros de la tierra

castellana. Fonseca, en nombre del Emperador, fué contra ella a reclamar los cañones de su castillo para batir las murallas de Segovia, donde resistían los comuneros. Medina del Campo prefirió ver su ciudad y sus riquezas destruídas por las llamas a someterse al poder absoluto, sacrificando los intereses materiales al ideal de su libertad, que refleja el lema de su escudo : Ni el Papa beneficio ni el Rey oficio.

Bernal Díaz, a pesar de que era un soldado, lleva en sí la condición civil propia de una tierra de comerciantes, a la que no olvidaba. Al visitar el Tatehulco, la gran plaza de México, decía : « y de esta manera estaban cuantas mercaderías hay en Nueva España, puesto que por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se facen las ferias que en cada calle están sus mercaderías por sí ».

Era un temperamento colonizador y comerciante como es de ver por el hecho de haber invertido sus bienes para llevar a cabo la expedición de Hernández de Córdoba, en que los soldados eran a la vez socios del capitán, y la expedición un negocio. « Por manera que todos los soldados que fuimos a aquel viaje, escribe Bernal Díaz, a descubrir, gastamos los bienes que teníamos y heridos y pobres volvimos a Cuba, y aun lo tuvimos a buena dicha ».

Entre las cosas de que se envanece el famoso cronista es en haber sido el primero que plantó naranjos en Nueva España. Cuenta a este propósito que sembró unas pepitas de naranjas que había traído de Cuba y que salieron muy bien. Más tarde, añade, fuí por mis naranjos y traspúselos, resultando muy buenos.

Es de ver cómo se fija en las cosas que interesan a la industria, especialmente en un procedimiento para la curtición, que debía ser industria propia de su tierra.

Corona su carácter imbuído de ciudadanía, su índole humanitaria y piadosa. No transige con la esclavitud de los indios, y se conmueve profundamente con la muerte de Motezuma y Guatemuz. Exclama, al reseñar la muerte de Motezuma : « e hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre : y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era : y decían que había diez y siete años que reinaba y que fué el mejor rey que en México había habido ».

Refiriéndose a la muerte de Guatemuz y Tacuba, mandados ahorcar por Hernán Cortés, nos dice : « e yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada y pareció mal a todos los que íbamos en aquella jornada ».

¡Con qué simpatía habla Bernal Díaz de todos sus compañeros, capitanes y soldados, citándolos por sus nombres y recordando sus particulares circunstancias, haciendo un alarde portentoso de memoria! No olvida tampoco los caballos y yeguas que pasaron a México con Hernán Cortés, desde el caballo zaino de Hernán Cortés que murió en San Juan de Ulúa, a la yegua castaña de Pedro de Albarado y a la llamada la Rabona de Juan Velázquez de León, sin olvidar el Arriero, de Ortiz el músico, uno de los buenos caballos que pasaron con la

armada y la yegua de Juan Sedeño, el más rico soldado que hubo en toda la armada, yegua que parió en el navío.

Sin este cariño de Bernal Díaz a los fieles compañeros de sus jornadas, nada sabríamos de los nombres y circunstancias de aquellos nobles brutos que dieron origen a una de las grandes riquezas de México.

Para dar fin a nuestro trabajo, nos agrada hacer constar que Bernal Díaz paró en regidor del Ayuntamiento de Guatemala. Su padre había sido regidor de Medina del Campo y Bernal dejó su jurisdicción de capitán y soldado, para gobernar aquel país que había ayudado a conquistar con su espada, mostrando su preferencia por los oficios civiles y las prácticas de la paz, tan propias de la tierra que le vió nacer.

YUCATÀN CONTEMPORÁNEO

Discurso de don Luis G. Urbina

PARA llegar a este sitio de honor, trayendo en la amplia y rica expresión española, heredada de mis abuelos, el pensamiento y el sentimiento de una tierra americana, de apasionante historia, ha sido preciso que el amor que la Patria me inspira, y que su recuerdo, que, como una lámpara alumbra perpetuamente mi vida, desvanecieran la inquietud y forzaran la voluntad. Estoy aquí, pues, bien dispuesto a mostrar, no una sabiduría que jamás poseí, sino un afecto nunca entibiado, una inclinación no desviada un momento, por mi país y las cosas de mi país; y a contribuir, en esta hora solemne, al esclarecimiento de la verdad, por encima de las agitaciones del interés y de las violencias de la pasión. Los mexicanos debemos estar profundamente agradecidos a la Casa de América, esta institución que con tan sincera cordialidad nos invitó para decir, en un sereno y fraternal ambiente, cuál es el estado actual de una de las más importantes porciones de nuestro territorio, y cuáles son los resultados positivos obtenidos allí, de nuestros esfuerzos por mejorarnos y engrandecernos.

Mi voz, en estos instantes, no tiene más autoridad que la que puedan darle un juicio tranquilo, una observación directa de la vida, y una conciencia honrada. Tiempo hace ya que encerré, con dos vueltas de llave, la pasión turbulenta que ofusca todo juicio y anubla toda razón. Podéis estar seguros de que traigo mi verdad, que yo creo que es la verdad, y mi convicción, nutrida por una larga atención de los fenómenos políticos y sociales que he visto desarrollarse en estos tiempos sobre el suelo de mi patria, tan removido por las luchas como las almas de mis compatriotas.

Breve seré y sintético para trazar a grandes rasgos y con un criterio puramente personal el cuadro de Yucatán durante la época presente.

Para ello no he de valerme de relaciones históricas ni de datos estadísticos, necesarios en un estudio serio, académico y cumplido, pero quizá inoportunos en una sesión como ésta, de carácter general y en la que se trata de rememorar un acontecimiento, más que de hacer prolijas investigaciones de orden rigurosamente científico. Un rápido esbozo, una amplia y vivaz generalización, juzgo que han de bastar a mi propósito sin grave dificultad para mí y también sin exceso de cansancio para los que me escuchan.

Entre los Estados de la República mexicana que poseen rasgos más peculiares y precisos, Yucatán es, sin duda, uno de los primeros, al punto de que en el grupo federativo que constituye la nación, es tal vez, con Campeche, no diré más indiferente, pero sí menos interesado, menos ligado a la comunal existencia del resto del país. Eso parece a la observación ligera y superficial ; mas la historia, presentando fríamente los hechos, demuestra, por el contrario, que Yucatán, vacilante e irreflexivo alguna vez, se decidió siempre, al fin de cualquiera de sus vacilaciones, a seguir las vicisitudes nacionales, a sufrir con los infortunios de México entero, a gozar con sus glorias, a verter, al igual de los otros Estados, su sangre generosa en el vaso sagrado de la patria, y a ofrecer en las causas justas, sin avaricias ni reticencias, desde el brazo de sus caudillos hasta la inspiración de sus poetas.

Pero si a pesar de su situación geográfica, y de la rara apariencia que le da, el tener que llegar a ella, cruzando, desde la orilla de la corte veracruzana, un fragmento de golfo, la península yucateca entró voluntariamente en la colectividad nacional, y coadyuva a formar en la totalidad territorial la figura de una gigantesca cornucopia ; si políticamente no ha dejado ni querido dejar de ser uno de los miembros del organismo federativo, en cambio, socialmente, ha conservado su preciso y típico carácter, sus genuinas e inconfundibles costumbres, su aspecto pintoresco, su radical diferenciación, en fondo y en forma, de cualquiera de las demás partes de la nación mexicana. La península yucateca es singularmente distinta del resto del país, no sólo desde el punto de vista geográfico, desde el cual es una región especial, un desierto de piedra, como le llamó un reciente conferencista, sino también y muy principalmente, desde el punto de vista étnico, y asimismo, y con esos antecedentes, desde el punto de vista más interesante en los actuales momentos : el sociológico.

Singular es Yucatán — ya lo habéis oído — por su historia pre y post cortesiana, por su historia colonial, por su historia republicana de ayer, por su historia revolucionaria de hoy. Singular por su agria naturaleza, por sus llanuras áridas, por sus florestas grises, por sus monótonos plantíos. Singular por sus ruinas maravillosas, por sus palacios, sus pirámides, sus templos, en cuyos pasmosos labrados y orfebrerías quedóse prendido un sello de grandeza humana, se alza un soberano monumento de arte, se tiende el misterio de una civilización refinada y magnífica, se muestra la tentadora clave de un enigma que urge a la ciencia descifrar. Singular, en fin, por la persistencia de su estructura social.

Y es que el hombre « necesita someterse a las fatalidades cosmológicas y biológicas que le circundan, y que le marcan el camino que ha de seguir en la existencia, y como no todas estas condiciones son iguales, la vida social no es idéntica ni fatalmente uniforme. »

En Yucatán penetró, alterada solamente en la superficie, la conformación autóctona de la sociedad, la cual conformación fué seguida con modificaciones circunstanciales, por los conquistadores españoles. Esta conformación era hondamente feudal ; la del señor y el siervo ; la del amo y el esclavo.

« Se premiaba al conquistador — dice un historiógrafo, refiriéndose a la época de Montejo y Dávila ; — se le concedían tierras, parte de los tributos, cargos lucrativos, honores perpetuos, pero para cada pueblo que fundase debía llevar cien españoles, no de las Islas, sino de España ; de ellas sólo podían sacar caballos y toda clase de ganado. Estímulos a la emigración con concesiones de tierra y esclavos (indios rebeldes o comprados a sus dueños). »

Esta fué la base sociológica de Yucatán. Se fundaba sobre grupos indígenas que, una vez destruído y dividido en señoríos el gran imperio maya, vivían en cruentas y perennes rencillas. La lucha entre el *encomendero* y el *misionero*, aquél abusando de las leyes de Indias y de la pasividad de los sometidos, y éste defendiendo almas para la fe cristiana, dió, como resultado, un derecho sobre las vidas de los indios para el conquistador y para el encomendero, y un poder moral sobre los espíritus para el misionero, para el fraile, para el cura. Uno y otro, encargados de cuidar, como a menores de edad, a esos seres asombrados frente a una civilización que no era la suya, fueron rebajando y viciando su misión y de cuidadores se convirtieron en explotadores.

* * *

Por natural efecto de la mezcla de las razas, entre el *conquistador* y el *indio*, apareció, poco a poco, una nueva unidad humana. Así, pues, como en todas las poblaciones mexicanas, en las yucatecas se formaron las tres clases étnicas que han constituído la fija población nacional : el *criollo*, el *mestizo*, el *indígena*. El criollo y el indio, que conservaban la pureza de su raza ; el *mestizo* que la mezclaba, alteraba y fundía en un tipo flamante.

Mas en ninguna parte quizá esta división fué tan completa y firme, y persistió tanto a través de las vicisitudes históricas como es Yucatán. El *blanco* — el color distinguía las clases — quiso tener y tuvo prerrogativas señoriales. El *mestizo*, adherido al *blanco* por la protección civilizadora, fué y es un importantísimo factor de laboriosidad, un elemento de trabajo fácilmente asimilable al progreso, por sus condiciones de fuerza física, intelectual y moral. Pero entre él y el *blanco* se abrió casi siempre el abismo infranqueable de los convencionalismos y prejuicios ; de las rancias ideas de aristocracia y superioridad. Yucatán fué poblado, a raíz de la conquista, por la espuma de la nobleza española, por los segundones pobres y mal avenidos con las familias de los mayorazgos, aventureros sedientos de bienestar, orgullosos de la blasonada sombra, en la que acurrucaban, en la España de los Felipes, sus deseos y ambiciones. De modo que las costumbres rígidas y severísimas de la península yucateca, durante la época colonial, se filtraron en el cuerpo de aquella sociedad hasta nuestros días, y dificultaron allí la vida democrática, que si encontró campo libre en la ley escrita, halló también resistencias positivas en la realidad. Las *castas* dejaron de ser en el derecho pero no en el hecho.

El *mestizo*, como digo, era, a pesar de todo, una adherencia blanda al principio, y que lentamente adquirió la conciencia de su unidad y de su energía. Pulcro de carne y alma, robusto de voluntad y claro y rápido de inteligencia, el *mestizo* está preparado admirablemente para la más alta cultura. Se crea necesidades y aspira incesantemente a su mejoramiento. La raza *indígena* está, en su mayor parte, compuesta de sometidos.

En su mayor parte, he dicho. Porque en Yucatán ha habido luchas espantosas, después de la conquista, por levantamiento de los grupos irreducibles que todavía existen. Bueno es recordar uno que fué lección inolvidable. Aconteció en el período sombrío de la intervención de México por los norteamericanos.

Excelentísimo Señor Marqués de Oléádola, Alcalde de Barcelona

« Yucatán, dice un historiador, para libertarse tal vez de la dominación definitiva de los Estados Unidos, que no hubiera podido combatir, había renovado su segregación en los momentos mismos en que la guerra extranjera penetraba al corazón de la República ; expió de un modo terrible este crimen de leso patriotismo, con la sublevación de los indígenas, que formaban la mayoría de la población peninsular, sublevación largo tiempo preparada. Tal sublevación deshizo socialmente la península ; arrolló las resistencias, se apoderó de casi todas las poblaciones principales, rompió, saqueó, incendió, atormentó, mató, sin cesar, sin un solo momento de cansancio o de piedad. »

Fuera de estos espasmódicos movimientos, el conquistador que abatió a los indios y el colono que los explotó, continuaron su tarea en el amo, en el hacendado de los tiempos modernos. La esclavitud continuó para el *indio*, una pavorosa esclavitud que le dejaba, adrede, para evitarle el crecimiento espiritual, sus supersticiones, sus idolatrías, sus cultos, su ignorancia, sus embrionarias y vagas ideas ; y que lo retenía en la servidumbre por medio de un grosero mecanismo econó-

mico, de un préstamo usurario, despiadado y abominable. El indio, en Yucatán, ha tenido hasta ayer su valor; ha sido traspasado como una cosa; ha sido vendido como una mercancía.

Pero el indio, obligado a la sumisión, se ha impuesto al conculcador de su libertad. Trabajando rudamente en cortar la planta fibrátil, que es la riqueza yucateca, bajo el ardor implacable de los cielos, se ha mantenido secularmente remiso, al margen de la civilización europea, se ha conservado cuanto le fué dable en los límites de la suya, y para entrar en relación con el amo, ha obligado a éste a hablarle en el idioma vernáculo, sin que él, el indio, pronunciase, aun entendiéndola, una sola palabra castellana. Roto el vínculo del idioma, quedaban, rotas también, o muy flojas por lo menos, las ataduras psicológicas. El *indio* era una actividad en la labor, un expoliado en el trajín de la riqueza, pero no un asimilado, no una celdilla orgánica en el conjunto social. Mental y moralmente prolongaba su existencia precortesiana. Tenía, tiene todavía, reducida, la idea de la patria. Criado en la estrechez de un terruño que él labra y no le pertenece, considera que dentro de los límites de una hacienda puede circunscribirse este sentimiento de la patria. No es para él la patria chica, es la patria mínima.

Pero dentro de este sometido, hay un inconforme, un rebelde, que si respeta por necesidad al amo, no siempre lo ama, y frecuentemente le guarda un justificado rencor. El *indio* maya posee un vigor psíquico extraordinario. Ha resistido por centurias la comunicación espiritual con el *blanco*. Su respuesta maya, a cada pregunta hecha en castellano por cualquier criollo o extranjero, revela su estado de conciencia.

— ¿Dime por dónde va este camino? ¿Dime si es éste el pueblo que busco? ¿Dime si habrá algo qué comer en aquella casa? — le interrogan, a veces, los viajeros.

— *Bey tinalé* — contesta incesantemente el indio; — es decir, *así será; qué se me importa a mí.*

El amo ha sido sometido y forzado a hablar el *maya*, la lengua del conquistado, sin cuyo requisito no ha sido posible manejar a un peón de hacienda en Yucatán. La confraternidad, la convivencia, han podido establecer lazos de afecto entre individuo e individuo, entre el hijo de un hacendado y el hijo de un peón, pero nunca entre clase y clase, entre casta y casta, entre civilización y civilización.

A la persistencia de estas hoscas separaciones han contribuído, en su provecho, los señores, para la más cómoda explotación de los siervos. Mantener esa vida brumosa, alejada de toda cultura, ha sido en ellos cálculo egoísta, no inconsciente indiferencia.

Permitidme recordar aquí el breve relato de mis impresiones en uno de los episodios de un viaje que hice al Estado de Yucatán, hace doce años.

En el corredor de una famosa hacienda, descansaba yo con mis compañeros, de una mañana de fatigas. Veía yo bailar a los indios mayas una danza arcaica, casta y uniforme, que me parecía una herencia religiosa. El baile indígena tenía reflejos de devoción pero no de alegría; mas, a veces, en fugitivas ráfagas, ardía en los ojos una huraña y melancólica voluptuosidad, que al instante se apagaba, en las pupilas frías, tristes y serenas.

Y yo, pensaba: «¡Raza fiera! ¿qué largo poder de resistencia, qué fuerza indestructible de conservación es la tuya, que, así, a través de

Angulo N. de las ruinas de Chichen Itzá

una nueva fe y de una prédica incesante de cuatro siglos, ocultas, latentes y rotos ya, como tus altares y monumentos, pero tenaces, tus viejos ritos, y, muy en el fondo, el rescoldo de amor por tus tremendos dioses vencidos? Todo está en ti como entonces, carne y alma, forma y esencia; todo lo tienes como entonces... menos la libertad. ¿Pero es que la tuviste alguna vez? ¿No fuiste tú un antiguo pueblo de esclavos sometido a la crueldad de los *batabes* y a la majestad de los sacerdotes? ¿No saliste tú de la gleba que, bajo la planta de grupos directores derrama la sangre en las conquistas y el sudor en los campos de cultivo? ¡No! Se ve ahora, se ve en estos vestigios de tu pasado tenebroso que fuiste un pueblo fuerte, un pueblo guerrero y conquistador, un pueblo altivo y desdeñoso.

Las lanzas españolas, las espadas toledanas, la terca energía de los compañeros de Montejo, recia como las armaduras, brusca y ciega, te vencieron. Tú defendiste tu tierra árida y pedregosa, con desesperación sublime y trágica. Las ruinas sembradas en la península, son mutiladas y grandiosas centinelas que sobreviven a tus luchas. Hay por todas partes rastros de un legendario batallar, marcas de sangre seca por mil soles, huellas de humo de los extinguidos incendios. Caíste como eras : indomable. Perdiste la heroicidad y la libertad; pero conservas la tenacidad. Te resistes a mezclarte, a entregarte al amor del blanco que aclara en tus venas, el negro licor, en que corren, desleídas, tus supersticiones y tus tristezas. Crees aún en el adivino; les pones manjares a los muertos; te sobrecoge el canto del buho. No existes con nosotros sino con tus antepasados. Le impones al dominador tu lengua; tus mujeres no se despojan de sus blancas y decorativas vestimentas. Tus costumbres son arcaicas y tus bailes sagrados. Tres centurias coloniales pasaron sobre ti, debilitándote, explotándote, porque no tenían otra cosa que explotar aquí que obscura carne humana; pero no deshaciendo tu personalidad, no destruyendo tu tipo, no retocando tu forma, ni orientando tu alma hacia otros horizontes.

La virilidad épica del español te arrebató una parte de ti misma. En villas y villorrios pululan los *mestizos* que, al contrario de lo que haces, cada día sienten más el atractivo imán del *blanco*. Tú, no; tú te aguardas en el fondo de las haciendas y de las florestas, huraña, ruda, montaraz, arraigada al terruño, obediente al amo, reacia a la civilización, mirando con tus ojos de obsidiana polvosa las lontananzas erizadas de pencas de agave, donde brilla, como en los tiempos de tu epopeya, el sol ardiente, el sol esplendoroso, el sol de tus milagrosas teogonías. Mis ideas de piadoso fueron cristalizándose enfrente a aquel baile de sirvientes, me puse a soñar en una escuela grande y abrigadora como un templo, que llamase a estos alejados, con las tres voces que jamás han escuchado juntas : Amor, Paciencia, Misericordia.»

* * *

Y el sueño mío ha empezado a realizarse.

Esa obra regeneradora y necesaria acaba de llegar. En el reloj de los destinos sonó la hora oportuna. La revolución mexicana, que ha emprendido en mi país la tarea colosal de las transformaciones sociales, está en estos momentos renovando la vida de Yucatán, reconstituyéndola. La revolución ha sido en la península yucateca menos sangrienta,

pero más intensa quizá, más demoledora, más radical. Es que allí se encontró con un régimen más viejo, con unas preocupaciones mas rancias, con unas divisiones de casta más injustas, con unas servidumbres más verdaderas, con un estado social más cercano al del *batabe* y al del *encomendero*. Había que sobresaturar de democracia el ambiente. Había que recubrir los abismos que separaban las clases, y hacer un terreno plano y firme para que por él pudiesen transitar todos los hombres en su calidad de ciudadanos. Nuestra gran revolución anterior, la llamada de Reforma, no lo logró, a pesar de que para ello puso manos a la obra, porque era una revolución esencialmente política. Esta última está realizándolo rápidamente porque es una revolución fundamentalmente social.

El hombre que, de acuerdo con el Primer Jefe de la Revolución (que muy en breve será Presidente de la República), gobierna hoy el Estado de Yucatán, es un culto soldado : el general don Salvador Alvarado. Su gobierno se ha distinguido por el buen sentido para ver los problemas y la precisión y firmeza para resolverlos. Desde luego comprendió que era urgente acercar al indio a la civilización, hacerlo entrar cuanto antes en ella, llamarlo a la comunión social, intelectual y moral. A este magno propósito responde la profusión de escuelas rurales donde se importa la enseñanza a la niñez maya, con un programa adecuado que pone al infante en contacto rápido con la civilización que él necesita para elevar su sentido moral, y estimular su aspiración a la libertad y al mejoramiento. Educar ha sido el cimiento ; educar, es decir atraer, y al mismo tiempo limpiar de supersticiones y tristezas el alma de los indios. Educar, es decir borrar las líneas divisorias entre clase y clase, democratizar la sociedad.

Y con esta labor suprema, la Revolución ha emprendido otras no menos interesantes y fecundas : la de romper los inicuos sistemas de esclavitud ; la de proteger al expoliado y mantener al expoliador en los límites de la equidad y de la justicia ; la de obligar a todos a la santa ley del trabajo ; la de estudiar y poner en vigor la conveniente repartición de las tierras ; la de restringir el venenoso comercio de las bebidas embriagantes, que enloquece a la humanidad y la degenera, y la imposibilita para las altas funciones del progreso ; la de moralizar y purificar una sociedad que, genuinamente buena, se había retrasado en el camino.

Para todo esto ha sido preciso remover muchos obstáculos ; doblegar muchas voluntades ; desarraigar muchas preocupaciones ; abatir muchas orgullosas resistencias. Leyes de educación ; leyes agrícolas, leyes de trabajo, leyes de regularización comercial, leyes catastrales, leyes de Higiene pública, han expresado los ideales revolucionarios. Es posible que, concebidas dentro del noble ardor de anhelos regeneradores, hayan ido, en distintos puntos, más allá de la realidad y de la posibilidad. Todo ello quedará sujeto a la revisión inevitable de la experiencia y de la sociedad misma, ya que el poder de las instituciones está en relación con la adaptabilidad de los pueblos. Todo ello tendrá que entrar y acomodarse dentro de la nueva Constitución de la República mexicana, promulgada por un Congreso constituyente. Pero todo ello también será sostenido y vigorizado por la fuerte convicción, por la gran fe que anima al Gobernador de Yucatán.

Un historiador nuestro dice :

« No son los hombres de pensamiento puro, por elevado, por trascendental que sea, los llamados a personificar estos momentos vertiginosamente acelerados de la revolución social (que son los únicos que merecen legítimamente el nombre de revoluciones) ; son los hombres que tienen, como cualidad suprema, el carácter, la inquebrantable voluntad. »

No podréis negarme, señores, que la orientación es buena, que el Yucatán actual, removido en el suelo y en las almas, que el Yucatán, cultivador del henequén con lo que « muestra un triunfo del trabajo, de la energía y del capital sobre el medio físico », está en marcha ascendente ; reedifica su sociedad, en consonancia con las reformas que experimenta el organismo entero de la República.

Dije que hablaría a corazón abierto y a conciencia honrada : he cumplido. A grandes rasgos, a trazos generales, a esbozos imperfectos he deseado dar una idea del fenómeno que se desarrolla actualmente en la vieja y sagrada tierra de los Maya-Kichés, cuyo antiguo culto ofiolátrico era una forma emblemática, y hacía pensar a guerreros y sacerdotes en una perpetua renovación.

He repetido en este país vuestro, al que por vínculos hereditarios y amorosos nos sentimos tan ligados los hispanoamericanos, que no soy un político, que soy simple y sencillamente un mexicano que ve con profunda atención el sacudimiento revolucionario que ha conmovido a su patria ; que posee el optimismo sano del amor y de la esperanza, y que tiene fe plena en los destinos de su nación y de su raza. Juzgadme así, y creed que, al narraros mis impresiones, no quiero negar que la Revolución mexicana ha sacrificado intereses y ha producido víctimas, como las tempestades que destruyen a la vez que purifican ; pero que a pesar de todo, el beneficio colectivo es incalculablemente superior a los sacrificios individuales ; que la Patria ha sufrido, pero ha crecido ; que el hombre vivirá mejor en una sociedad que se renueva, aunque esta renovación se haga por medio de una arrolladora violencia.

Y al hablaros así, para terminar, recuerdo un consolador pensamiento de Marco Aurelio :

« Lo que no es útil para el enjambre, no es útil tampoco para la abeja. »

YUCATÁN PRECORTESIANO

DISCURSO DE DON RAFAEL VEHILS

Los organizadores de este acto conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento del Yucatán por los españoles, tenemos la conciencia de que con ello no realizamos un acto más de simple superficialidad en recordación de grandezas pasadas; los organizadores de este acto tenemos la conciencia de que todo aquello que nos sirva a los españoles para interpretarnos a nosotros mismos, para conocernos, para sentirnos y para comprendernos, todo aquello que alumbre nuestro *substractum* moral, los manantiales más puros de la genérica esencia española, ha de sernos de noble utilidad para nuestra acción futura en estos tiempos de amargor, en que el vértice de nuestra sentimentalidad gravita incierto hacia Oriente o hacia Occidente, olvidando que lo que importa es hacer balance del propio valer y de la propia originalidad.

Nos encontramos ante una situación penosa y grave, que con su áspera materialidad escupe todo sentido que nos sea extraño. Sólo una vida heroica, sólo una vida combatiente contra nuestra propia inercia, resistente a lo habitual y acostumbrado, podrá evitar el desmoronamiento.

Donosamente se ha dicho que cuando el *héroe quiere no son los usos del presente quienes quieren, sino él mismo; y este querer él ser él mismo, es la heroicidad.* Por eso fueron *héroes* aquellos españoles que con ánimo de irrealidad y real esfuerzo dieron a España el mundo americano. Por eso nosotros queremos exaltarlos en recuerdo, perpetuar su memoria y la de sus hazañas, porque hoy como nunca necesitamos hombres que, sin descastarse, no sólo no se contenten con la realidad y aspiren a darla un curso distinto, sino que tengan brío para empujarla con sus brazos y abrirla un nuevo cauce.

Hay además otra razón.

Ahondar en nuestro épico pasado, que para muchos españoles es aún indefinido como el aoristo griego, no solamente implica el acicate de descubrir nuestro propio sentido en el mundo y en el tiempo, nuestra significación, sino que nos acerca a pueblos afines cuya relación no es entendida por muchos en toda su dignidad. El conocimiento claro de nuestra vinculación con los americanos en las raigambres étnicas, en las cimas espirituales y en la emoción común y devota por los bellos gestos de los antepasados, justifica nuestro destino.

Juzgad vosotros si ante un mañana indefinido, brumoso y gris para todo el mundo, no es elevado y no es patriótico acentuar que, al menos, todos los cataclismos actuales, no han quebrado ni han cegado nuestra misión ni nuestra ruta de Ultramar.

—

Conmemoramos hoy, señores, aquel otro 4 de marzo, del año de 1517, en que la expedición española de Hernández de Córdoba y de

Bernal Díaz del Castillo arribó a la Punta de Catoche en la península de Yucatán. Otros oradores, con mayor autoridad, glosarán el hecho y exprimirán de él jugo de observaciones ingeniosas. Yo voy a hablaros del pueblo que descubrieron nuestros héroes, del pueblo *maya*, pueblo que hoy perdura fuerte como pocos entre los indígenas de América, y que por la unidad de su espíritu y de su lengua onomatopeica, reviste el perfil y encierra la esencia de una verdadera nacionalidad.

Yo bien quisiera, señores, poder penetrar, en una meditación de intensa brevedad, hasta la última capa de conciencia étnica de los *mayas*, a fin de mostraros, en síntesis, cuál fué su estilo de vida, su peculiar sensibilidad, su organización de la materia en torno. El tema es una plétora y el tiempo breve. Trataré, pues, de insinuaros solamente aquella vida nacional a través de su origen y de lo más representativo de su hondura moral, cogido al azar, entre sus costumbres.

Imaginaos, señores, una grande y lenta emigración escita saliendo del mismo corazón del Asia, entrando en Africa por donde fué entonces el Egipto, llegando en largos años al Africa occidental, penetrando en la Atlántida, cruzando aquel Continente revelado por Platón en sus diálogos dogmáticos y denunciado por la ciencia y el rastro de *terramares*, y arribando por fin, de isla en isla de las que ya comenzaban a formarse, a la costa de México en su península del Sur.

El Usumacinta, como el Nilo en Africa, les brindó un acceso al interior hasta los montes del Petén en Centro América, y la rica zona de su cuenca, cálida, exuberante y bella, los redujo de tal suerte que, en pocos años, el pueblo maya apareció arraigado y fuerte, con un sentido civil extraordinario, acusado en su régimen de la propiedad de la tierra, su organización política teocráticoguerrera y su sistema de ciudades, al amparo del templo fortaleza, hecho siempre en lo alto de terraplenes en forma de pirámide, contra los desbordamientos del río que podían arrebatarlos y contra las irrupciones extranjeras que podían destruirlos.

Tal aconteció en la edad de la piedra pulida, a la que siguió en México la del cobre, en vez de la del hierro europea, por la razón de que ni *mayas*, ni *nahoas*, ni *otomíes*, es decir, ninguno de los tres grandes pueblos primitivos de aquella vasta zona americana, usaron jamás de aquel metal.

Fuertes se hicieron los mayas, por ser fuerte su espíritu nervioso y vasto en perspectiva su patriotismo. Fuertes y avisados. Y así extendieron su imperio, rumbo al Norte, siguiendo la costa atlántica, hasta el Norte de los amplios valles del Mississipí y del Ohio, hasta los grandes lagos que hoy separan la Unión del Canadá, y, rumbo al Sur, hasta Copán, en el corazón de la América Central. Y es curioso su amor a conservar la pureza de su espíritu, su afán previsor de defenderlo del contagio que en la lucha de conquista iba a sufrir con el de otros pueblos, amor y afán que los vemos en el gesto de su primer *chán*, de su primer director religioso y militar creando la ciudad de Soconusco con el nombre de *Ciudad de los abuelos* para depositar en ella, con los sagrados textos, imágenes de los hombres de su época y de sus dioses animales.

Laboriosos, activos, por doquier trabajaron la tierra y cuidaron la mecánica, una mecánica incipiente pero útil a su tiempo. Austeros, instituyeron la familia por el matrimonio, concediendo a los señores

solamente la bigamia. Respetuosos de las glorias ancestrales usaron el túmulo y la piedra mortuoria y momificaron los cadáveres. Artistas, cultivaron las bellas artes, progresando de un modo extraordinario en la arquitectura, amplia y armónica, y en la escultura, de gran suntuosidad. Siendo su religión una cosmogonía esencialmente materialista, desbordan su espiritualidad y sentido estético en el culto por la Naturaleza, influídos sin duda por la esplendidez de aquella en que vivían. Y así vemos representado el puro cielo tropical por un vaso hemisférico de barro azul y la tierra por una *xicalli*, una jícara verde de la misma hechura y deificar el lago tranquilo y el mar embravecido y hacer nacer a los árboles y a los animales de las fuerzas vitales de la tierra y del firmamento, y a los hombres de los animales y los árboles, en un sistema de selección precursor del moderno.

Cuando los *nahoas*, viniendo del Norte, los invaden, en el siglo v de nuestra Era, es verdad que la nación queda reducida a la península y a lo que hoy son Estados de Tabasco y Chiapas, pero los invasores son dominados durante mucho tiempo por los invadidos, de mayor cultura y energía, sagaces para apropiarse lo útil solamente.

En este segundo período de la historia *maya* el poder guerrero, en las ciudades sagradas, es el que asume el gobierno de los pueblos consultando siempre al religioso. Los asuntos de importancia debía resolverlos en junta con los señores o caciques tributarios, y si la gravedad no lograba conjurarse, prevalecía la voluntad del común, del pueblo, consultado por mediación de los nobles.

Una segunda invasión sufrió la nación *maya* : la de los *mecas*, raza mixta de los pueblos del Norte. Y en tal ocasión la conquista fué casi absoluta, adueñándose los invasores de casi toda la península y suplantando en el gobierno a los *mayas* dominados, hasta que ambos elementos y el *nahoa* se fundieron.

Las tradiciones y mitos religiosos de los *nahoas* y los *meca* suplen o alteran la antigua cosmogonía maya. Las fábulas religiosas se multiplican caprichosamente, pródigas en ingenuos absurdos. Las ciudades adquieren una riqueza y un esplendor extraordinarios, superiores a los de los períodos pasados, pero ello acusa un refinamiento enfermizo, de débil dinamismo. El módulo maya se refugia en la selvática espesura.

Afirmada la monarquía, la organización en castas se acentúa, entre los caciques, los soldados u *holcanes*, el estado llano industrial y agricultor y los esclavos, de condición hereditaria. Se sutiliza la legislación en numerosas disposiciones concernientes al estado civil de las personas, a las herencias y a los contratos. Se instituye el divorcio, y se regula el matrimonio con una sola mujer mientras de hecho existe la poligamia.

Cada paso de avance de los mecas acentúa la desviación maya, soterra y oprime más y más la intención original, la envuelve en algo así como un suntuoso manto de púrpura que habrá de trocarse pronto en una costra muerta de productos torpes o insuficientes. Fracasada la raza en su primitivo soberbio empuje, todas las novedades progresivas *nahoas* y *mecas* quedaron como nonnatas porque, como ocurre siempre en tales casos, la sensibilidad que las creó se hizo intransferible.

Y de esta suerte, cuando los españoles llegaron y establecieron el contacto, sólo encontraron en el Yucatán las majestuosas ruinas de una civilización que fué esplendente y un elemento humano defen-

diendo tercamente su lengua, el baluarte más sagrado de la nacionalidad, el último que se abandona siempre, mejor dicho, el que no se abandona jamás mientras subsiste la conciencia de la propia personalidad, porque sin ella las modulaciones de aquella conciencia no son ya diferenciales, carecen del carácter genuino, original.

¿Fué acaso el horror de la magnificente civilización de pueblos refinados pero decadentes, lo que hizo resistir a todo trance a los *mayas* contra el dominio y la influencia de los *méxica*?

Seduce creerlo así, al menos. Mas sea como fuese, lo cierto es que jamás los reyes emperadores mexicanos lograron hincar su poder en la península *maya*, la que, en los siglos sucesivos, ya convertido México en Nueva España por obra del *heroísmo* de los españoles, se replegó sobre sí misma, como si sus hijos hubiesen querido conservar celosamente el arcano más íntimo de la reciura de su raza, cosa que consiguieron, pues hoy aún perduran, en Yucatán, una legua y un espíritu *mayas*, últimos vestigios de aquella onda de específica cultura que describió en el tiempo una parábola labrada en jeroglíficos.

Al conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento del Yucatán por los españoles, nos es grato dedicar un recuerdo a aquellas ruinas venerandas que, cara a los siglos, conservan en sus bellos estucos fastuosos recordaciones de grandeza que a un español no pueden ser extrañas.

MEDINA DEL CAMPO Y BERNAL DÍAZ

Discurso del señor Conde de Gamazo

Sería temeridad notoria de mi parte pretender retener vuestra atención tanto tiempo suspensa por los relatos que tan brillantemente se han expuesto aquí esta tarde, comprendiendo la primitiva civilización del Yucatán, la conquista y su posterior cultura y desarrollo.

Es, pues, mi ánimo callar; pero me veda el silencio, el deber de la representación que aquí traigo y el sentimiento de gratitud que os debo por el homenaje que tributáis al héroe que nació en Medina del Campo.

El recuerdo del lugar en que nacimos va unido a nuestra vida toda como uno de nuestros apellidos y sobre él recaen las glorias que alcanzamos como sobre nosotros mismos; y son para los pueblos timbres de gloria, los más preciados, aquellos que les legaron sus hijos por la fama de sus cualidades y de sus virtudes; por eso vosotros, al acordaros del IV Centenario del Yucatán y de Bernal Díaz, el descubridor, os acordasteis de Medina, su villa natal, y Medina al saber que festejabais la memoria de su hijo, acudió a vuestro requerimiento agradecida y orgullosa; y no olvida Medina ni podemos olvidar los presentes que es hoy Cataluña la que celebra las glorias de los hijos de Castilla,

prueba patente de la hermosa fraternidad en que viven las regiones españolas, que tienen por patrimonio común la gloriosa historia de nuestra patria España y de sus invictos héroes.

Yo me felicito de poder ser hoy intérprete de lo que estos gratos movimientos de simpatía significan y puedo afirmar que si no fueran bastantes los amorosos vínculos que a todos nos unen en la corona real que ciñe nuestro Augusto Soberano, sería el de hoy de toda consistencia, ya que juntos hemos recorrido las páginas de una historia común que no tiene par en el mundo.

Busqué en Medina algo de la infancia de Bernal Díaz, deseoso de aportar aquí algún dato preciso y poco conocido sobre el héroe. No hemos podido aún encontrar nada, pero haremos por hallarlo y enviarle como testimonio de simpatía a la « Casa de América », de Barcelona.

Pero si no ha podido hallarse algún documento que fuera hecho por otro, reflejo de su persona, hay una obra inestimable que es su historia. Porque ella nos descubre como rasgo culminante la honradez. Cuando el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, ofrece a Bernal Díaz y a Hernández de Córdoba su apoyo material para realizar la expedición a Tierra-Firme, que había de dar como resultado el descubrimiento del Yucatán, pidiéndoles en cambio que se dirigiesen primeramente a las islas Guanages, y cargasen allí los navíos de indios para pagarle con ellos, en calidad de esclavos, sus anticipos, rechaza el trato Bernal Díaz y le contesta que ni Dios ni el Rey mandaban hacer esclavos a los hombres libres.

Hombres de fe en las pláticas con los indios, constantemente y hasta con excesivo celo que hacía peligrar alguna vez el éxito espiritual y aun el material de la conquista, procuraron arrancar los indios al bárbaro sacrificio de sus semejantes.

Hombres de honor no vacilaron en seguir adelante en su conquista hasta el total dominio del país y si alguno se atreve a proponer la vuelta a Cuba, Bernal se mantiene siempre al lado de Cortés, que despliega una rara y eficaz habilidad diplomática para no abusar de su mando y de su fuerza muy relativos aun entre los suyos, si éstos hubieran en algún momento decidido abandonarles ; y así, juntos, llevaron a término la conquista de México, cuando parecía que después de la salida de la Noche triste sólo debieran pensar, anonadados por la fuerza de aquella rebelión, en volverse a su patria, perdida toda esperanza.

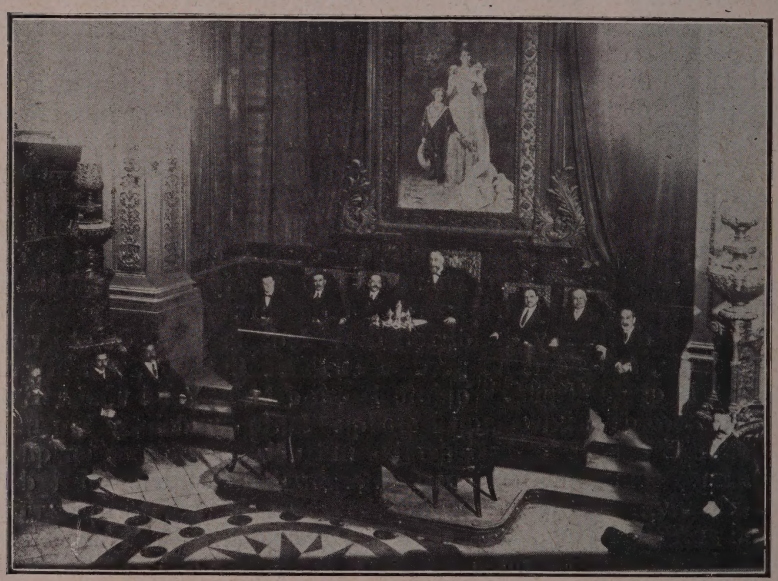
Amantes de su rey decidieron darle toda la parte de oro que les correspondía, pareciéndoles poco el enviar a Carlos V, con el primer Mensaje, lo que a él por su quinto le era debido. Y así vino a España el primer oro de México, aquel oro que tanto ayudaba y tan necesario era en España para sostener las mil nobles empresas en que nos hallábamos comprometidos, pero que sin duda contribuyó a dormir el aliento vivificador que debía dar el ser a las fuentes de riqueza patria que, ni aun en el día, siendo el verdadero manantial del bienestar nacional, hemos logrado impulsar de un modo pleno.

Esos eran los hombres de España de aquel tiempo y con ellos imperó su dominio en uno y otro mundo y aun dominó en los mares tan disputados hoy y siempre por las naciones. Y por fuerza eran pocos que a tanto espacio no alcanzaban en mayor número y es cosa que parece fantasía o de comedia, cómo un puñado de españoles entre mi-

llares de indios aprisionaba a Motezuma y quitaba y ponía reyes en sus Estados aliados como si fueran de juguete.

Pues si es la fe y el honor y el ideal y el amor a la patria y a su rey el conjunto que da a los pueblos las condiciones necesarias para las grandes luchas de la vida como nosotros las tuvimos y lo que hace que salgan de ellas vencedores, yo pienso que la guerra actual, si bien es verdad que ha destrozado muchas cosas y arrebatado muchas vidas y mermado la sangre de los pueblos, también ha forjado al temple duro que esa prueba supone, espíritus admirables, colectividades grandiosas que hoy son ejército y mañana, el día venturoso de la paz, serán pueblos, que robustecidos por la lucha sabrán conservar como ideal el engrandecimiento de su patria; y frente a esos pueblos tendremos que formar nosotros en la lucha por la vida, que es la lucha en la paz.

Para la concurrencia con pueblos que han sabido llevar al límite el desarrollo de su crédito, que han desenvuelto sus industrias en el sentido que les son necesarias a un extremo increíble y que volverán mañana a utilizarlas en la paz como las necesiten, necesitamos prepararnos y en esa preparación necesitamos recordar el heroísmo de nuestros mayores en América y los lazos que nos unen hoy en día con las modernas nacionalidades de Ultramar. Por eso, actos como el de hoy, son trascendentes, y yo debo, al adherirme a él, felicitar a la «Casa de América» por sus iniciativas y a los señores Cónsules americanos por su concurso.



Barcelona: Velada conmemorativa del descubrimiento del Yucatán.—La Presidencia

91-B18779